

# qué pasa

1963

Año XXXVII  
21 de noviembre  
de 2008  
www.quepasa.cl

\$ 2500 recargo por flete \$ 200 regiones I, II, XI, XII

**LA CRISIS Y EL 2009:  
GUIA PARA NAVEGAR  
EN AGUAS TURBULENTAS**

**LA INVENCION  
DE FARKAS: COMO  
LOGRO POSICIONARSE**

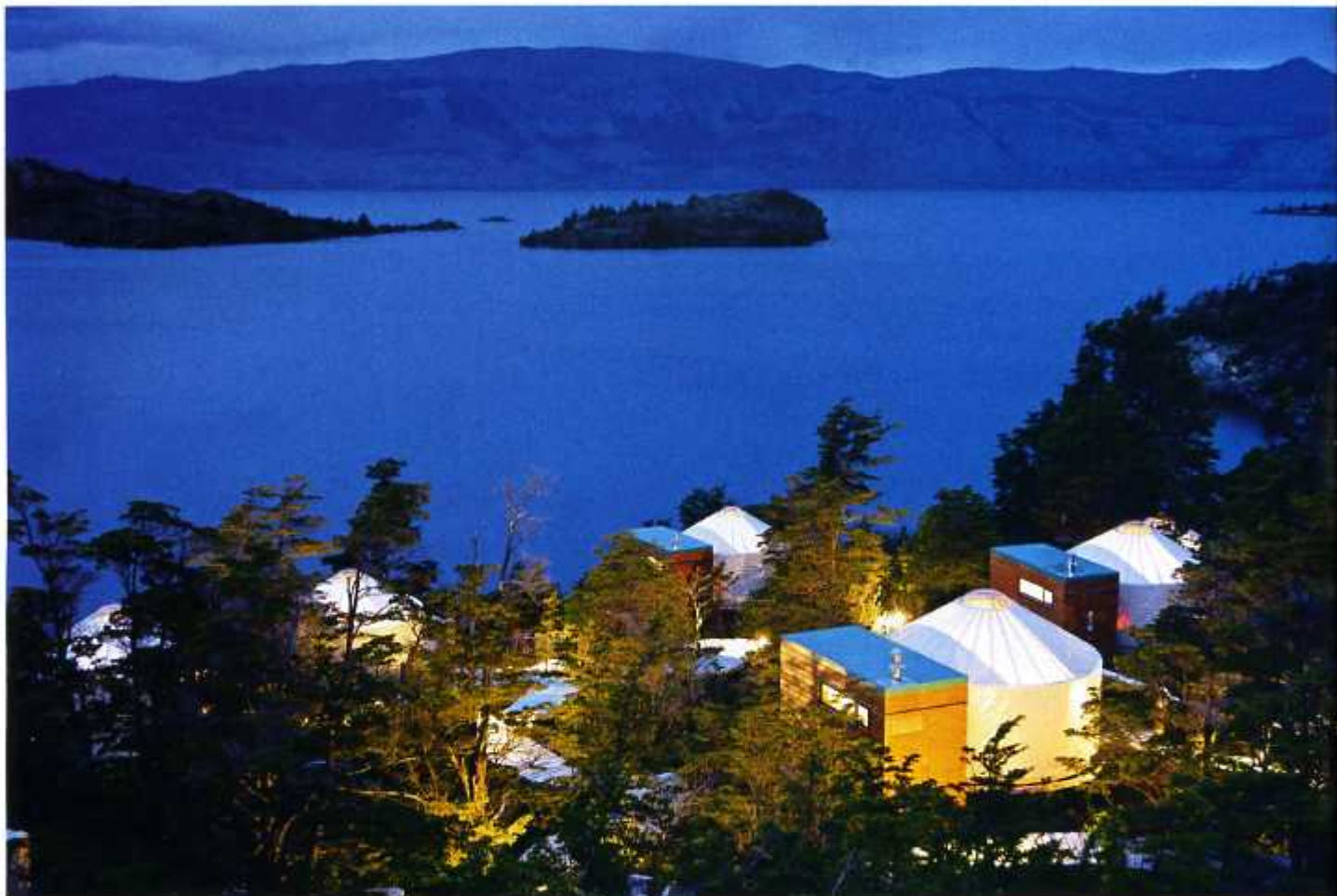
**FALABELLA EN  
COLOMBIA: UNA  
APUESTA POR  
US\$ 500 MILLONES**

**HABLA  
HANNAH JONES,  
LA NINA QUE  
DECIDIO MORIR**

ENTREVISTA EXCLUSIVA CON LA INGLESA DE 13 AÑOS QUE HA PROVOCADO UN DEBATE MUNDIAL SOBRE LA MUERTE Y LAS LIBERTADES INDIVIDUALES: ELLA OPTO POR NO SEGUIR UN TRATAMIENTO MEDICO QUE LE PODRIA HABER ALARGADO LA VIDA. SU MADRE CUENTA POR QUE LA APOYA.

OPINAN CARLOS PEÑA, FERNANDO MONTES Y PABLO RODRIGUEZ, PRESIDENTE DEL COLEGIO MEDICO.





## UN SUEÑO CON FORMA DE YURT

**Los yurts son unas tiendas desmontables que nacieron en Mongolia y que por primera vez llegan a Chile como parte de la propuesta de Patagonia Camp. La premisa es simple: dormir en medio de un bosque de coigües, con el viento azotando una carpa a 60 km/h en las Torres del Paine. Y claro, con calefacción e instalado en una irresistible cama. Si siempre soñó con un camping de lujo, lea esta nota. Por Yenny Cáceres**

Es de noche, pero de aquellas que sólo se encuentran en la Patagonia. Donde decir que "llueve" es un eufemismo. Y donde decir que el viento "silba" no es una metáfora. Aquí llueve con ganas, y cuando se suma un viento de más de 60 km/h, las cosas realmente se ponen rudas. Y es en este momento que uno recuerda las palabras de Marcia Olmos, la encargada de operaciones de Patagonia Camp, diciendo que los yurts -así es como se llaman estas carpas de lujo- fueron testeados en plena pampa. Que se volaron tres, hasta que los fabricantes lograron dar con una fórmula que certifica que son capaces de soportar vientos de hasta 180 km/h. Y sólo queda rezar para que los cálculos

estén bien hechos. Porque el viento sigue azotando al yurt. Sin piedad.

Lo de los yurts es una tendencia que llegó para quedarse. Hay de todos tipos. Están en Valencia junto a una piscina, en exclusivos spa o en parques naturales en Canadá. En Estados Unidos, incluso uno los puede comprar y llevárselos para la casa. La consigna es adaptar una idea que nació en Mongolia y que fue usada por los nómades de las estepas de Asia Central. Era cosa de tiempo para que este concepto llegara a Chile. Los ideólogos de esta versión criolla fueron Alberto Gana y Nicolás Boetsch, socios de Latitud 90. La premisa fue simple: un *camping* en que los viajeros se sintieran en contacto estrecho con la

naturaleza, pero con todas las comodidades de un hotel de varias estrellas.

A la idea se sumaron otros inversionistas, como Jorge Matetic hijo, y así fue como hace un año empezó la marcha blanca de Patagonia Camp. Este verano tendrá su primera temporada. Y todo parece estar dispuesto para este debut. Aunque con el caprichoso clima magallánico, nunca se sabe. "Donde están esas nubes, se ven los cuernos del Paine", cuenta Roxana Maggo, la *barvoman* del lugar, instalada en la barra frente a unos amplios ventanales con vista al lago Toro. Ella inventó el pisco sour Ojos del Toro, que con una pizca de licor Curaçao, imita ese color turquesa que se supone adquiere el lago en



un día despejado. Esos mismos cuernos y ese mismo color turquesa que en un día lluvioso no se dejan ver. Porque así son las cosas por estos lados. Inesperadas.

Lo primero que hay que rescatar de Patagonia Camp es su ubicación estratégica. Porque en estricto rigor no está dentro del Parque Nacional Torres del Paine, pero digamos que está muy cerca del límite sur del parque, justamente demarcado por el lago Toro. Lo suficientemente cerca para planear un *trekking* por el día a algunos de los *highlights* del parque, como el glaciar Grey, el mirador de los cuernos del Paine y la base de las Torres. Y bastante apartado de la ruta de los mochileros y de las van de turistas que en verano copan estos parajes. Tan lejos, tan cerca.

Lo más probable es que la llegada a Patagonia Camp sea de noche. Con cansancio después de un viaje de cuatro horas desde Punta Arenas, aumentado tras haberse zampado un asado de cordero camino a Puerto Natales. Cortesía de la casa, o el primer regaloneo con que Patagonia Camp recibe a sus pasajeros. Y

entonces, al final del viaje, uno verá unas luces perdidas en la noche. Y soñará con una cama. Pero luego uno se dará cuenta de su error. Con lo que soñaba, en verdad, era con un yurt.

Hasta que uno no entra en ellos, es difícil imaginar cómo los yurts logran esa exquisita mezcla entre espíritu aventurero y confort. De los originales, éstos conservan el enrejado de madera circular. A diferencia de las mantas que ocupan en Asia, acá están cubiertos con tres capas de una lona de PVC ultrarresistente. En vez de un agujero en el techo, con el que los mongoles ventilaban el fuego, una cúpula transparente asoma desde arriba. El resto es pura invitación al placer concentrado en 27 metros cuadrados. El respaldo de la cama y el escritorio, un tronco casi arrancado de un árbol al yurt, son de raulí. Al bajar de la cama parece que tuviéramos literalmente una oveja a los pies. Y no se siente culpa. Mantas y un telar mapuches son los únicos complementos de una decoración rústica y acogedora.

Adosado al yurt, el baño, con piso y

paredes de piedra pizarra, resulta tan estiloso como el de otros hoteles de la zona. Unas sales de baño con aloe vera y romero, asoman como el complemento ideal para un baño de tina después de alguna agotadora jornada de *trekking*. ¿Ya mencionamos que el yurt tiene calefacción, y que con 23 grados nos olvidamos del frío?

Un detalle antes de ir a dormir. En el velador nos topamos con una misteriosa tarjeta. "El arte, la gloria, la libertad se marchitan, pero la naturaleza siempre permanece bella". La cita es de Lord Byron. Y sólo adquiere sentido cuando el viento y la lluvia furiosa comienzan a azotar al yurt. En la oscuridad de la noche uno ve las ramas de los coigües reflejadas en los costados de lo que resultó ser una carpa. Y la naturaleza se agranda frente a la fragilidad de un yurt y por fin sentimos que si estamos "acampando". Valga la advertencia: no todos pueden dormir en un yurt. Para los que tienen el sueño ligero, la experiencia puede resultar pesadillesca. Porque la naturaleza no sólo permanece bella. Está viva.

